

## LA ACEÑA, MÁS HISTORIA ENTERRADA

Por José GONZÁLEZ CARBALLO

*A la memoria de Antonio Trigo Melo*

El protagonista principal de este artículo es Francisco Antonio Salvador de Herrera y Loyzaga, nacido en Sevilla el 19 de noviembre de 1707. Sabemos que entre el 4 de abril de 1735 y 5 de marzo de 1736 marcha a Cartagena de Indias en la fragata *Incendio* al mando del capitán Agustín de Iturriaga y Aguirre, coincidiendo en el viaje con el caballero de la Orden de San Juan y capitán de fragata Pedro Messía de la Cerda, natural de Córdoba, que posteriormente sería bailío de Lora. En 1748, Francisco Antonio Salvador, era contador mayor del Tribunal de Cuentas de Lima y residía en Buenos Aires. Aquí era alcalde en 1750.

El 2 de mayo de 1764, Pedro Miravete y Maceras, gobernador y justicia mayor de la villa de Lora, tomaba posesión del bailiaje de Lora en nombre de Pedro Messía de la Cerda. El Excmo. Sr. Bailío, caballero Gran Cruz de Justicia en la Religión de San Juan, Marqués de la Vega de Armijo, era desde el 13 de marzo de 1760 virrey, gobernador y capitán general de Nueva Granada y presidente además de la Real Audiencia de Santa Fé de Bogotá, de cuyos cargos había tomado posesión el 24 de febrero de 1761.

Posiblemente por una antigua inclinación de nuestro protagonista hacia el nuevo Bailío, días después, el 25 de mayo de 1764, Francisco Antonio Salvador, con residencia entonces en Sevilla, solicitaba que se le concediese permiso, licencia y facultad para construir una aceña o molino de agua de pan moler en el río Guadalquivir, en el término de la villa de Lora y jurisdicción del Bailiaje, para el bien común de su vecindario y pueblos inmediatos, con las calidades, condiciones, gravámenes y circunstancias que se ajustasen. La correspondiente escritura se otorgó en Madrid el 11 de agosto de 1764, estipulándose una renta anual de 4.000 reales de vellón a favor del Bailío y la firma por éste de una escritura de ratificación y aprobación. Dicha ratificación y aprobación la hizo el Bailío, en Santa Fé de Bogotá, el 9 de enero de 1765.

Francisco Antonio Salvador de Herrera y Loyzaga invirtió en la obra de la Aceña nada menos que 80.000 pesos de plata (640.000 reales o 21.760.000 maravedíes). Ubicada sobre el Guadalquivir, en la orilla derecha, enfrente y cerca del caserío loreño, en un paraje que facilitaba la molienda, la Aceña era de 6 piedras,

situadas en el interior de un hermoso edificio basamentado sobre sillares de granito y rematado con seis bóvedas de gran belleza interior. La azuda, que se adentraba en el Guadalquivir en dirección opuesta a la corriente e imprimía una dirección fija a las aguas hacia el molino harinero donde remataba, medía aproximadamente 50 metros de longitud y 4 metros de anchura, compuesta de un conglomerado de piedras de todas clases y tamaños y reforzada a ambos lados por dos muros de mampostería.

Los materiales empleados en la obra procedieron del término, obteniéndose éstos sin perjudicar al lugar, común de vecinos y particulares. La mano de obra utilizada, gente del campo y albañiles, naturales o vecinos de Lora, trabajó en la construcción cuando no era necesaria para labores en el campo ni en obras en el lugar, o estaba ociosa y sin acomodo en dichas funciones. Finalizada la obra, los vecinos de Lora tuvieron preferencia a la hora de moler respecto a los forasteros, sobre todo cuando había mucha molienda de vecinos de otros lugares y faltaba la harina en Lora, situación en la que se atendía antes a los vecinos de Lora aunque hubiesen llegado a moler después que los forasteros.

En un informe del Ayuntamiento Constitucional de Lora del Río, firmado por el regidor Joaquín López y Antonio Ramón Cepeda el 10 de marzo de 1840, se cita la Aceña sobre el Guadalquivir, describiéndola como famosa y sólida, de seis piedras, con una prolongada y gruesa azuda. Unos años después, Pascual Madoz nos dice que por su buen estado, fábrica y situación se consideraba el mejor molino harinero del Guadalquivir, moliendo en las 24 horas del día hasta 600 fanegas. La Aceña, que hasta le dio nombre a una calle de Lora, así como su gran azuda, se encuentran actualmente enterradas al final de la Alameda del Río y tras el muro de contención, fruto del abandono que estas construcciones singulares han sufrido durante años.

En la década de los años sesenta del pasado siglo, el Frente de Juventudes, dirigido por Antonio Trigo Melo, inició las obras para desenterrar la Aceña. La idea era utilizar la azuda como sostén de agua embalsada, convirtiéndola en parte de un balneario público cómodo y sin peligro, y el edificio de la Aceña en club náutico, complemento del balneario. A punto estuvieron de conseguirlo, pero tuvieron que abandonar las obras por falta de medios, situación que se agravó con las crecidas del Guadalquivir en años posteriores.

Enterrada sigue todavía nuestra Aceña y empeñados nosotros en destruir las huellas de nuestra propia historia.